Por Marina Perezagua

MI QUERIDO PROFESOR

Mi querido profesor,

cuando era pequeña mi padre me leía el *Amadís de Gaula*, y luego vino usted a leernos el *Quijote*. Entre ambos polos hubo muchas lecturas, pero fue a partir del *Quijote* que comprendí que hace falta más valor para cambiarse a sí mismo que para armarse caballero, convencer a un vecino de que sea tu escudero y lanzarse a cambiar el mundo. Por ello, porque algunas cosas cambié gracias a usted, quisiera agradecerle. Ahora yo también soy profesora, así que conozco la importancia de ese momento en que un estudiante te escribe al cabo de algunos años y te da las gracias, un gesto que se traduce en reconocer que sin ese profesor nuestra vida podría haber sido muy distinta y, normalmente –uno supone– peor.

Permítame que le recuerde quién soy. Cuando entré en el horario nocturno era la más joven del instituto. Trabajaba por las mañanas y luego iba a mis clases de piano en el conservatorio. Usted me permitía llegar cinco minutos tarde, y lo hacía de una manera muy elegante: simplemente me recordaba que su hija tocaba el violín. Era su modo de decirme que entendía la disciplina que ello implicaba. Siempre fue bueno conmigo, bueno sin preguntar, bueno de los que intuyen que la mirada de complicidad de un profesor puede equivaler a la caricia de una familia. Me sentaba al lado de mi mejor amiga, una muy rubia, Paula, y las dos –ahora seguro que nos recuerda– nos dábamos la mano cuando no había que escribir. Paula murió pocos años después –siento darle la noticia, si la desconocía–, pero para ese entonces yo era algo más fuerte. El *Amadís*, que por centésima vez había muerto sin venir a socorrerme, ya sólo me provocaba una sonrisa, y es que dejé de creer en la caballería andante o, lo que es lo mismo, empecé a dejar de ser anacrónica, un día

concreto, cuando usted, al entrar en clase, dijo una frase que me marcaría –ya lo ve– hasta hoy.

Llegaba a clase tan cansada que, si bien retenía las lecciones, no podía conectarlas con ningún tipo de sentimiento. O quizá no me interesaba. Más allá de unas pocas personas, que podrían contarse con los dedos de la mano que me daba Paula, no aspiraba a amar un mundo que insistía en rechazarme porque había entrado en él prematuramente; de modo que mi relación con cada asignatura era puramente cerebral, fría, analítica. Aprobar era una cuestión de supervivencia; sabía que sólo analizando minuciosamente mi entorno podría entender lo que don Quijote no quiso entender. Sacaba las mejores notas de la clase no por ser más inteligente ni estudiar más que el resto, sino porque seguramente lo necesitaba más que la mayoría. Era buena reteniendo información y aplicando análisis muy personales, pero bien pensados, y eso me ponía ante los compañeros y ante usted en una situación nueva para mí: sentí cariño, respeto, sentí que me valoraban.

La frase que tanto me marcó sí la entendí a través de un proceso de identificación más afectivo que cerebral. Era primavera, lo sé porque en Sevilla olía a azahar. No es baladí que recuerde que era primavera, la época del florecimiento, del desarrollo, y es que aquella frase se refería especialmente al *Quijote*, cuyo entendimiento –que no lectura– marca la diferencia entre querer cambiar la realidad porque está mal construida y querer cambiarla porque está mal construida para uno mismo. Usted entró en el aula, saludó tan amable como siempre, dejó sus cosas en su mesa y, en ese momento, alguien desde afuera lanzó una naranja y rompió una ventana. Ya he dicho que era primavera. Usted no se inmutó. Sólo nos miró y nos dijo: «Don Quijote estaba loco porque quería arreglar el mundo, y el mundo no tiene arreglo». Ésa fue la frase. Ahí empecé a amar a don Quijote. Ahí estaba yo en ese momento, tratando de vivir sola, a mis catorce años, en un mundo anacrónico para mí, hecho a medida de esos adultos que sí cabalgaban en su época, un mundo en el que yo me había colado antes de tiempo y donde me esforzaba por tocar mis fantasías, sobrevivir con mi inocencia, amoldar mi entorno incomprensible a la esperanza de que a lo mejor todo, absolutamente todo –menos yo–, podía cambiar. Cómo no iba a querer a don Quijote. Pero, conforme fui profundizando en su lectura, comprendí que el mundo, ciertamente, no tenía arreglo, pero no lo tenía no para el mundo en sí,

sino para el mundo de uno sólo, ya fuera don Quijote, ya fuera yo. Si yo no hubiera entendido el *Quijote* tal como lo entendí, quizá andaría como una Jesucristo tratando de resucitar no ya las leyes de la caballería andante, sino la imagen de mi amiga Paula, para que todos los que no la conocieron la amaran como yo, y es que –de esto hablaré más adelante– considero que todo deseo de proyectar lo individual como necesidad colectiva converge en el totalitarismo, ya sea político o religioso.

Tiempo más tarde me dieron una beca para estudiar en Nueva York, estancia que, a día de hoy, sigue prolongándose en más de doce años. Durante este periodo, querido Ignacio, he pensado muchas veces, y siempre con la evocación de sus clases, cuán quijotesca es esta ciudad. Cuando llegué, ya más madura, acompasada con mis tiempos, establecida en un carácter que se me define como generalmente alegre, volví a sentir un descabalgamiento. No sé si usted ha estado aquí, pero para mí Manhattan es una isla que, tal como la isla Barataria, encarna la promesa de un gobierno de todos y de sí mismo tan feliz como quimérico. Al igual que don Quijote violentó la realidad para poder pertenecer a una realidad que le negaba, el hombre newyorkino encarna el ideal neoliberal que promete, también de forma aparentemente ingenua, pero profundamente violenta, una realidad mejor en la que todos, héroes o antihéroes, tendrán cabida, con una condición: no salirse del engranaje financiero al que se han adscrito por la promesa de una Arcadia no ya de pastores, sino bucólicamente económica, unas bodas de Camacho a las que todos estamos invitados en tanto aceptemos nuestro papel de novillo, liebre, gallina, lechón o generosos vinos.

En Nueva York, más que en ningún otro lugar, pienso que el arreglo del mundo conduce al peligro de la utopía, que no es más que el proyecto de un arquitecto que se diseña la casa de sus sueños y pretende pagarla con el trabajo de todos. En este sentido, el desencanto del barroco del Siglo de Oro, con la gloriosa mascarada del Imperio Español y don Quijote como paladín reconstructor de utopías, no es muy diferente del primer tercio del siglo XXI, cuya derrota de cualquier atisbo fingidamente utópico, está encarnada en la caída del World Trade Center. La ciudad nunca volvió a ser la misma desde entonces, mi querido Ignacio. Ese día cayó cualquier residuo de un mundo mejor, ese día el fracaso de don Quijote fue aún más universal, y la dureza de nuevas políticas que afectaron al mun-

do entero comenzaron a justificarse bajo esa amenaza de que, si Nueva York caía, caeríamos todos, al igual que don Quijote pensaba que si él, y no otro, no restauraba la caballería andante, el mundo, que no era otro que su mundo, caería para los demás.

Vivir en Mahattan es un deambular quijotesco entre la decadencia de algunos edificios que, ahora antiguos, fueron concebidos como eternamente actuales, y ciertos destellos que, junto con la furia de la ciudad, siguen prometiendo que el futuro está aquí. Así como don Quijote hacía jurar a muchos de sus contrincantes que nadie superaba en belleza a Dulcinea, y lo exigía a sabiendas de que jamás la habían visto, Manhattan como arquetipo occidental exige una lealtad a un sistema que en su promesa de otra realidad no difiere mucho de cualquier régimen totalitario, político o religioso, y que se basa en un principio cuanto menos improbable: tener, siempre, la razón. Igual que don Quijote. Igual que Jesucristo. No en vano, cuando uno camina por las calles de Manhattan, o incluso cuando está en casa, es asediado por grupos evangelizadores, que exigen que reconozcamos la belleza de Dios como lo exigía don Quijote con su Dulcinea, o como nos exige el sistema laboral aun arrebatándonos los derechos básicos de una seguridad social que tenemos que pagar pero que nunca jamás se ha visto en esta ciudad, hasta el punto de que aquellos que no tienen seguro médico compran los medicamentos en la calle a los mismos camellos que venden cualquier tipo de droga ilegal.

Don Quijote como soñador es uno de los más entrañables personajes que ha dado la literatura universal, pero creo que el gran logro de Cervantes es haber hecho de él uno de los soñadores más peligrosos por imponer, a toda costa, una realidad que es buena para todos porque es la suya, y hacer que, aun así, amemos y hasta idealicemos al personaje, porque ¿quién no ha querido, siquiera una vez, imponer su realidad? Don Quijote es un personaje de construcción ambiciosa porque consigue que le queramos a pesar de su rigor para con el resto de la humanidad, y me pregunto si las idealizaciones que algunos críticos han hecho del hidalgo no se corresponden más bien con un afán de justificarse a sí mismos. Sea como fuere, creo que en este debate está uno de los motivos de la actualidad del *Quijote*, que, me atrevo a decir, jamás se desactualizará, por la sencilla razón de que este mundo, siempre, va a resultar insatisfactorio para la mayoría y, por tanto, fértil para don Quijotes, evangelizadores o corredores de bolsa.

Sin embargo, Ignacio –paso ya a tutearle–, también he visto en Nueva York grandes puntos de fuga que hacen de esta ciudad quijotesca una maravillosa queja. Me centraré en el grito de libertad que a mí me resulta más interesante: el lenguaje. En contraposición con esa realidad que, para el hidalgo, no admite matices, humor, risa –don Quijote, que yo recuerde, sólo ríe una vez, en el episodio de los batanes–, está la lengua al uso que utiliza Sancho. Las veces que Sancho pide a su amo que no le corrija, en tanto le entienda, son innumerables. En Nueva York la lengua está más viva que en ningún otro lugar que yo haya conocido. Y son estos enormes respiraderos de libertad los que me hacen amar tanto esta ciudad, así como me permiten fabular, mientras camino o voy en el metro, cómo serían los diálogos entre amo y escudero si alguien los soltara, hoy, en Manhattan. Y, como de libertad hablamos, me la tomo ahora para imaginar uno de esos diálogos:

–Te diré, buen Sancho, que el gran desconcierto que llevo viendo desde que llegamos a esta ciudad ha sido para mí motivo de gran desvelo, y de ahí, y por tu lealtad, pensé lo que habré de decirte. Pero primero advierte que aquí la gente habla de maneras tan distintas que se confunden todas las lenguas, y así no es de extrañar que a cada paso se hallen altercados, jaleos, atropellos, y vengo a temer que cosas más graves sucederán si el orden no viene a imponerse, que parece esto no una, sino mil torres de Babel, que has de saber, Sancho, que como su mismo nombre, Babel –del hebreo *balbál*– indica, significa precisamente confusión.

Y así como don Quijote vio en el *skyline*, a lo lejos, el rascacielos que, a su parecer, era el más alto, lo señaló, indicándole a Sancho:

–¡Ésa, ésa o una prima hermana debió de ser la primera torre de Babel! Por medio de ella, con ladrillo en lugar de piedra y asfalto en lugar de mezcla, la arrogancia del hombre quiso construir una torre que tocara el cielo, y así los hombres, que tenían al principio el regalo de una misma lengua, dejaron de entenderse por voluntad de Jehová.

–A fe mía –respondió Sancho– que, en este punto, bien pudiera vuestra merced tener razón, porque de cinco personas que hablan, yo entiendo a media, y no llega, y es gran misterio para mí ver cómo las gentes, si no se entienden, lo disimulan, porque a lo menos veo yo que hacen sus compras, y lo que ya no sé es si los que hablan por teléfono mientras caminan hablan

con gentes de su misma lengua o también hablan por hablar, como yo, que si no hablo, me entendieren o no, o se me pudren las palabras dentro, o reviento. Pero... vuestra merced, dígame qué remuneración por mi lealtad tiene para mí guardada.

–¿Pues qué ha de ser sino el gobierno de esta ínsula, de manera que todas las lenguas vuelvan a la verdadera, que es la lengua cristiana?

–Válgame Dios que es de bien nacidos el ser agradecidos, pero señor... deme usted el gobierno de esta ínsula sin meterme a maestro de nada porque no veo yo de qué manera he de achicar todas las lenguas a la nuestra. Le prometo, eso sí, que en gobernando yo, bien puedo hacer lo que he visto que muchos gobernadores hacen, y esto es que ordenan a sus ciudadanos hablar algo que todo el mundo entiende, y esta lengua es la del silencio, señor, que es que se estén callados... que en hablando yo como gobernador, para que vamos a meternos a estudiar tantas filosofías.

–Pues comienza por callarte tú, Sancho, porque dices tanto disparate junto que todo puede ser que me arrepienta de hacerte tal merced. Guarda tú ese silencio que como gobernador quisieras imponer, que la conversación incesante es para el hombre sensato lo que la arena del desierto es para el viajero fatigado. Y aligeremos el paso, que hoy mismo quiero deshacer un agravio en un Starbucks que debe de estar de aquí a una hora.

Ya ve, mi querido profesor, que tal como paseo por la quijotesca Manhattan, crisol de libertades y precipicio de totalitarismos, he de pensar en la pareja que conocí gracias a usted, un caballero y un escudero que tal vez llegaron a esta ciudad como llegué yo, como dos ángeles caídos cuya llegada, en mi imaginación, leo así:

Quisiera comenzar este relato con «en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor». Sería más llevadero para mi corazón, cosido por las cicatrices de sus muchos años, intensos amores y no pocas penas, relatar la historia de quienes vivieron en la misma época en que tuvo lugar su nacimiento. Pero ha decidido mi suerte que la historia que voy a contar trate sobre una entrañable pareja que, a pesar de haber nacido cinco siglos antes, vinieron a caer en el siglo XXI, cuando, un día 15 de marzo de 2016, el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y su

leal escudero Sancho Panza, ambos amnésicos, desraizados de sus recuerdos, familias o aficiones, y doloridos por quien sabe qué tipo de caída, se despertaron en una acera en pleno centro de esta isla, llamada Manhattan. Eran las siete de la mañana. El sol ya iluminaba la fachada de un rascacielos que, a su vez, reflejaba la armadura del hidalgo como un espejo cuya pureza hizo que Sancho, del asombro y aún débil, volviera a caerse. Un ejecutivo con prisas, al tropezarse con él, le insultó y se perdió por el río de gente que también acudía apresurada al trabajo. No recordaban el hidalgo y su escudero –y quizá esto sea un favor, un pequeño guiño del azar– que solían moverse sobre sus respectivos equinos –Rocinante para don Quijote, el rucio para Sancho–, y así echaron a andar a favor de la corriente de personas que les empujaban mientras ellos asimilaban, sin saberlo, los humores de la nueva época. No obstante, como se verá en esta historia tan lastimosa como alegre, ni hidalgo ni escudero dejaron nunca de sentir en el fondo de sus almas unos posos de melancolía que les llevaban a recordar cosas que –pensaban ellos–, desconocían. Por esta razón, atribuían a sus sueños las reminiscencias de pastores enamorados, gigantes, sabios, libros prohibidos e, incluso, el sabor de una olla podrida o un tocino bien curado.

No llevarían ni diez minutos caminando sin mediar palabra ni rumbo definido cuando, en la boca de un metro vieron a una mujer negra que repartía unos librillos en un puesto cubierto por una gran sábana que decía: «Jesus loves you». Ambos se pararon, tal vez debido a la extrañeza de una piel cuyo color, tan oscuro, les habría asombrado allá en su siglo tanto como los vasallos negros del reino de Micomicón; o tal vez se detuvieron por esa otra extrañeza, asimismo derivada de la erosión del recuerdo de sus orígenes, que debió de haberles producido el hecho de entender un idioma que jamás habían escuchado. Pero estas sutiles sensaciones causadas por la grieta anacrónica no pasaban de ser para ellos un motivo para detenerse sin saber por qué, pues todo lo que habían vivido en el siglo XVI había quedado reducido a una sensación liviana de que algo familiar les rozaba la piel como un misterio que no llegaba a penetrarlos. El caso es que la predicadora, seguramente agradecida por la atención que el caballero y el escudero mostraron en su puesto, o acaso divertida por sus estrambóticos atuendos, les regaló el ejemplar que parecía –frente a la delgadez de los folletos que estaba repartiendo–, el más importante. En su cubierta esta-

ba escrito, con letras grandes y doradas, su título: The Bible. Cuando el caballero tomó en sus manos ese libro, sintió lo que ya en su época sintiera al sostener el *Amadís de Gaula*. Aún no lo sabía, pero aquellas palabras bíblicas iban a guiar, en esta nueva existencia tan alejada de su tiempo y España natal, sus designios como héroe caballeresco. Así, le dijo a Sancho:

–Buen Sancho, guarda bien este regalo, porque presiento que no nos ha sido dado sin imperioso motivo.

Y así, ambos, caballero y escudero sin caballo, burro, ni recuerdos, continuaron caminando por esta isla, que intentarían enmendar según la palabra del primer libro que les dieron. Aún no sabían, pobre de ellos, que el hidalgo estaba loco porque quería arreglar el mundo, y el mundo, querido amigo, ya no tiene arreglo.